



La Santa Sede

**MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
A LOS MIEMBROS DEL CONSEJO GENERAL
DE LOS MISIONEROS DE SAN FRANCISCO DE SALES**

Sábado 27 de mayo de 2000

*A los Misioneros
de San Francisco de Sales*

Os saludo con afecto mientras el capítulo general de vuestra congregación está reunido en Roma. En particular, saludo a vuestro superior general, padre Émile Mayoraz, a los miembros del consejo, a los provinciales y a los representantes de las nueve provincias de la congregación. Me uno a vuestra acción de gracias a Dios por los numerosos dones que ha derramado sobre la Iglesia mediante la generosa e intensa obra de vuestros miembros desde que el padre Pierre-Marie Mermier fundó la congregación en 1838.

La decisión del padre Mermier de fundar los Misioneros de San Francisco de Sales se inspiró en las necesidades espirituales de la sociedad francesa de su tiempo. Después de las convulsiones de los primeros años del siglo XIX, la consiguiente disminución del conocimiento y la práctica de la religión exigía un enfoque misionero decisivo para despertar a la gente de su apatía y exhortarla a convertirse. El padre Mermier, inspirado por la sencillez, la benevolencia y la confianza de san Francisco de Sales, imitó su fervor evangelizador y reunió rápidamente a su alrededor a un grupo de sacerdotes comprometidos en la oración, en el estudio y en la labor misionera con el espíritu del santo obispo de Ginebra.

Hoy, ese mismo espíritu sigue impulsando a vuestra congregación, que está presente en muchas partes del mundo y sigue creciendo y progresando. Guiados por la profunda espiritualidad y la creatividad evangélica de vuestro fundador, contempláis a san Francisco de Sales como vuestro patrono celestial y procuráis poner en práctica su enseñanza y su ejemplo en vuestro apostolado.

El capítulo general se ha reunido para reflexionar en vuestro compromiso misionero, en vuestras actividades educativas y en vuestro apostolado social, y para vigorizar vuestra entrega a la obra de la evangelización. Confío en que sea una ocasión para que todos os fortalezcáis en la caridad, a fin de imitar el abandono de vuestro patrono a la voluntad de Dios y "reflejar su amor a Dios y al prójimo, su celo apostólico, su humildad y su sencillez, su alegría y su optimismo, su actitud acogedora y su simpatía por todo lo humano" (*Constituciones*, 13).

El capítulo se ha reunido en este año especial de gracia, durante el cual la Iglesia entera celebra el gran jubileo y toda la comunidad cristiana está llamada "a extender su mirada de fe hacia nuevos horizontes en el anuncio del reino de Dios" (*Incarnationis mysterium*, 2). Hoy más que nunca la gente necesita escuchar el mensaje de salvación que nuestro Señor Jesucristo dio a conocer "al llegar la plenitud de los tiempos" (*Ga* 4, 4) y acoger en su vida la misericordia de Dios, que nos hace hijos adoptivos suyos y sana las heridas de nuestro corazón. Todos los discípulos de Cristo deberían sentir una profunda necesidad de comunicar a los demás la luz y la alegría de la fe. Como misioneros, deberíais sentiros especialmente fortalecidos, sabiendo que lleváis al mundo la verdadera Luz de las naciones, Cristo, el Salvador, en quien toda la humanidad "puede encontrar, con insospechada plenitud, todo lo que busca a tientas acerca de Dios, del hombre y de su destino, de la vida y de la muerte, de la verdad" (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 53). La predicación del Evangelio *ad gentes*, en la que estáis profundamente comprometidos, es esencial para la misión de la Iglesia de "manifestar y comunicar a todos los hombres y a todos los pueblos el amor de Dios" (*Ad gentes*, 10). Con la confianza que brota de la fe, os animo a proseguir esta tarea, con la certeza de que el Espíritu Santo, que dirige la misión de la Iglesia y abre la mente y el corazón de los hombres a Cristo, os acompaña.

Con fidelidad al espíritu de san Francisco de Sales y al carisma de vuestro fundador, os invito a estar atentos a los desafíos de nuestro tiempo y a ser creativos para responder a las nuevas necesidades misioneras. Vuestra obra de evangelización será eficaz si lleváis una intensa vida de oración, abiertos siempre a recibir la fuerza y la orientación del Espíritu Santo.

La confianza en la providencia de Dios, que obra siempre en el mundo, os ayudará a afrontar los desafíos que se os presenten, y hará que vuestra contribución a la construcción del Reino dé frutos en vuestras diversas actividades: misiones y retiros, educación de la juventud, formación de los seminaristas y apostolado social. En el campo de la educación debéis dar un testimonio radical de los valores del Evangelio y llevar a los jóvenes por el camino del compromiso desinteresado y de la santidad.

Vuestros estudiantes, como subrayó san Juan Bosco con tanto acierto, "no sólo han de ser amados; también han de saber que son amados" (cf. *Vita consecrata*, 96). Al servir a los pobres, vuestro estilo de vida debe ser sencillo y austero, y debéis amarlos de un modo generoso y abnegado, como hizo Cristo. Pido al Señor que siga bendiciendo la obra de vuestra congregación e impulse a muchos jóvenes a entregarse con alegría y generosidad a su servicio como

Misioneros de San Francisco de Sales.

Con la alegría de este tiempo pascual, os encomiendo a la protección de María, Madre del Redentor, y a la intercesión de san Francisco de Sales. Imparto con afecto mi bendición apostólica a todos los miembros de la congregación, a vuestros bienhechores y a todos aquellos a quienes servís.

Vaticano, 27 de mayo de 2000

JUAN PABLO II

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana